

EL MAPA DE SAN ANTONIO CALPULALPAN



***E**l Mapa de San Antonio Calpulalpan es una pintura mural del siglo XVI, ejemplar puro del arte indocristiano, donde el pintor indígena dejó plasmada en el área de influencia parroquial de la Orden de los Franciscanos Menores, parte de su cultura impregnándole a la arquitectura, a la red de caminos y a los mismos topónimos, un estilo propio: el de los indígenas mexicanos.*

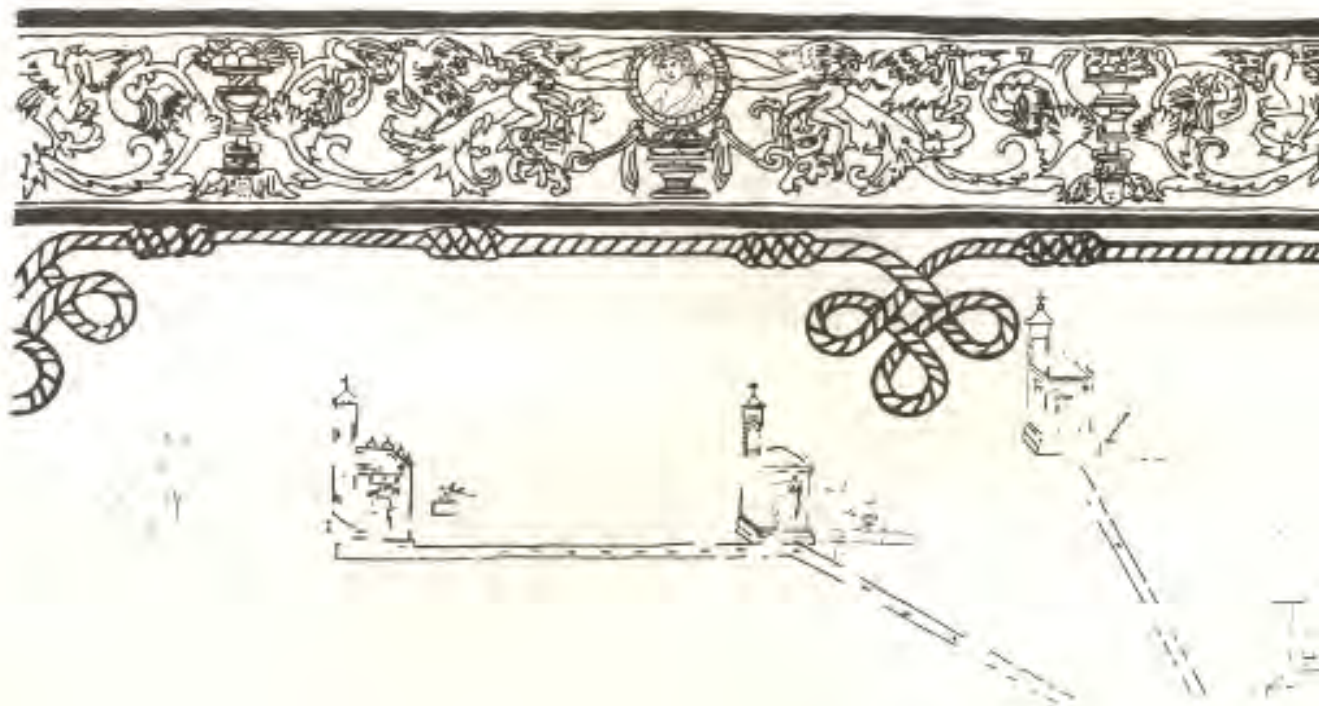




En el área de Calpulalpan, estado de Tlaxcala, al oriente de la cuenca del valle de México, donde se inician los llanos de Apan y la Sierra Nevada, existen evidencias arqueológicas diseminadas, que van desde una simple aldea hasta la más compleja población con tendencias urbanas. Los primeros asentamientos pertenecen al periodo Clásico, lapso comprendido desde los inicios de nuestra era al 700 d.C. Estos forman parte de una amplia red de sitios que parten de Teotihuacan rumbo al Golfo de México a través de pequeñas rutas, como las que pasan hacia Cholula y la región oriente de Tlaxcala a través de Calpulalpan. Estos asentamientos teotihuacanos fueron establecidos en las faldas de los cerros y en las llanuras, donde sus habitantes excavaron aljibes o pequeños jagüeyes para satisfacer sus necesidades de sobrevivencia, adoraron a deidades como Xipetotec, Huehuetéotl, Tlaloc y a otras relacionadas con los fenómenos naturales, según se desprende de multitud de figurillas de barro esparcidas en los campos.

Como otras poblaciones, éstas sufrieron también la decadencia provocada por acciones hasta hoy desconocidas, convirtiendo el área en un paisaje sin seres humanos, siendo hasta el periodo posterior cuando nuevos espacios de la misma área y con excepciones de algunos de los mismos fueron repoblados. Cuando los toltecas chichimecas pasaron por esta región lo hicieron por lugares donde más tarde fundarían poblaciones (Kirchhoff *et al.*, 1976: 144-145).



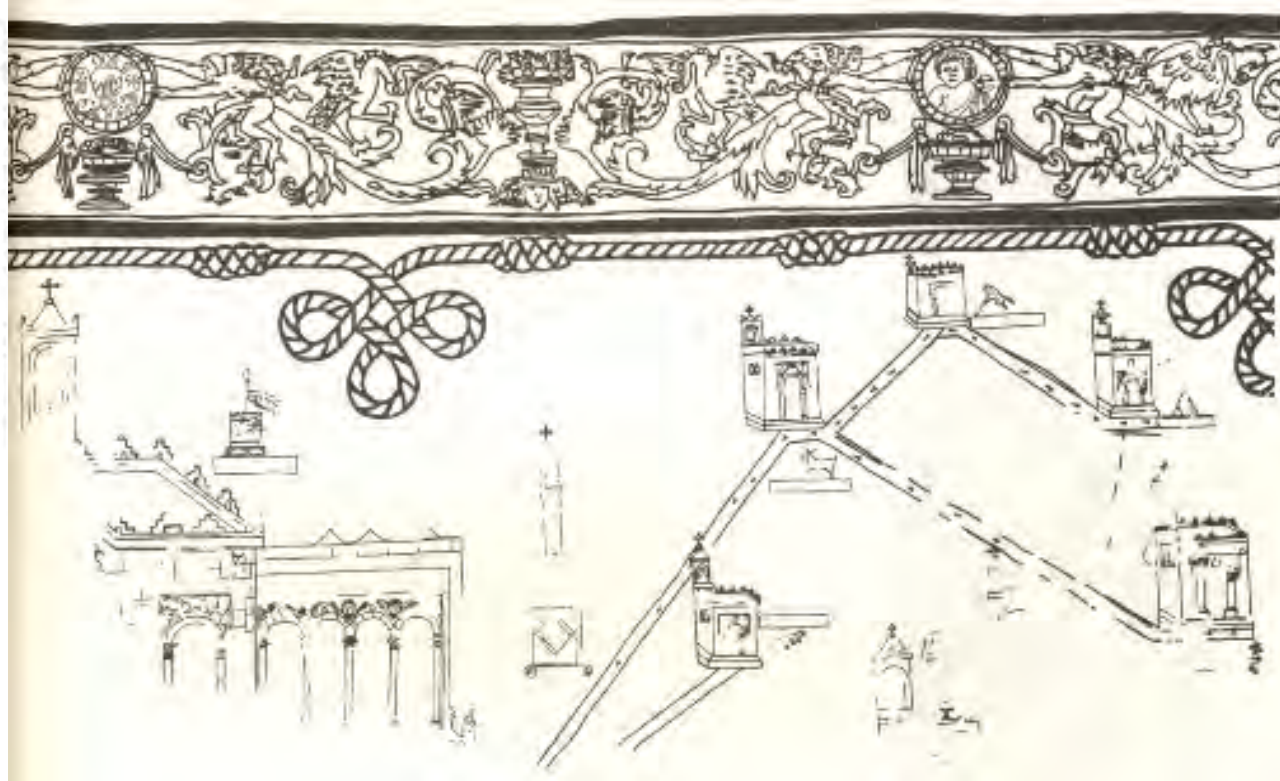


EL MAPA DE SAN ANTONIO CALPULALPAN ESTA CONSIDERADO COMO UNO DE LOS EJEMPLOS MAS PUROS DEL ARTE INDOCRISTIANO DEL SIGLO XVI

Durante el periodo Postclásico la densidad de población aumentó en cantidades superiores a las del anterior, en éste los pueblos se encontraban asentados en las cimas de los cerros, en las faldas, en las laderas y en las llanuras cerca de sus cultivos de maguey, nopal, frijol y calabaza. La parte más oriental de la cuenca era precisamente la frontera que señalaba los límites entre aztecas y tlaxcaltecas, pero el corazón de la región pertenecía a la hegemonía de una de las clases de la Triple Alianza, Tezcoco. En un cerro de Calpulalpan, Nezahualcóyotl, el gobernante tezcocano, tenía en aquellos años un palacio donde los cuidados de su alcoba y tierras de cultivo estaban asignados a habitantes de este pueblo y de algunos más de la región. Varios asentamientos importantes surgieron en la época, como Calpulalpan, Sultepec, Amantla, Teocaque, Zaca-calco, Mazapa, Tortolitas y otros. Esta vez los asentamientos comprendían construcciones piramidales de varios cuerpos, edificios redondos,

altares de planta cuadrada, patios hundidos, calles, caminos, temazcales, almacenes de granos y algunas otras. El arribo de europeos en la región tuvo efectos devastadores en la población, los primeros contactos se registraron entre ambas etnias cuando los soldados ibéricos huyeron de México-Tenochtitlan hacia Tlaxcala en 1520. Sin embargo, a la caída de la Gran Tenochtitlan, los señoríos del Anáhuac iniciaron su decadencia y desaculturación autóctona dando paso a otras ideologías. Como parte de estas nuevas formas de aprendizaje para concebir de una manera diferente el mundo, la evangelización desempeñó magníficamente su papel. Los frailes menores llegaron a la Nueva España el 13 de mayo de 1524, fecha en que iniciaron formalmente su labor (Chauvet, 1950: 2). Los 12 primeros religiosos sobresalieron desde el momento en que arribaron al centro de Mesoamérica: las empresas ejecutadas por fray Martín de Valencia y el humilde defensor de los indios fray Toribio de





Benavente, fueron de las más destacadas. Los frailes menores se establecieron en cuatro puntos neurálgicos de la vida religiosa y política de los naturales: México, Tezcoco, Tlaxcala y Huejotzingo.

En el área de Calpulalpan, la abundante cantidad de asentamientos humanos justificó la fundación de un convento y de una amplia red de construcciones religiosas menores. Kubler opina que "el tipo de arquitectura construida por los mendicantes está relacionada con la densidad de la comunidad a la que se destinaba" (1983: 34); así vemos que para 1571 este pueblo contaba con 2 290 tributarios, lo que responde a su clasificación de monumento de segunda clase, en contraposición a los de otras poblaciones con mayor cantidad de habitantes, como en los casos de Huejotzingo y Tlaxcala, donde los tributarios eran 8 000 y 14 666, respectivamente (*ibid.*).

De los cuatro religiosos asignados a Tezcoco, sin lugar a dudas uno de ellos fue enviado a Calpulalpan, y de

inmediato hizo construir el convento de San Simón y Judas así como varias iglesias menores. La mano de obra obviamente provenía de los naturales; su participación proporcionaría nuevas características a la arquitectura y a la ornamentación, donde dejarían muchos de los rasgos propios de su cultura. Hacia 1585 el convento no tenía iglesia, sólo la capilla abierta, el claustro bajo estaba construido con un cuarto alto y parte de otro en que vivían los religiosos (Chauvet, 1959: 40). Aunque hasta hoy no se han encontrado datos precisos sobre la fecha de fundación, se cree que fue anterior a 1530. Parte de los archivos del propio convento fueron quemados por los soldados carrancistas en 1915, tal vez los primeros documentos católicos de la población se incineraron con aquella acción, tampoco aparecieron los primeros registros de bautismo y matrimonios de los indígenas que acordó realizar el Primer Concilio Mexicano en 1559 en la Nueva España (Garibay, 1981: 5), en cambio





Chauvet encontró los libros más antiguos con que cuenta el lugar al respecto (Chauvet, 1950: 90). Durante el transcurso de varias décadas y hasta de siglos, el convento sufrió modificaciones, ampliaciones, que lo convirtieron en la construcción más importante del área. Actualmente consta de una iglesia de nave larga, de la tercera orden, del camarín de San Antonio, baptisterio y de otras dos capillas. Existe un amplio atrio, un portal de peregrinos, el claustro es de dos plantas con columnas de madera, aljibe, sacristía, cocina, el refectorio, varias celdas, los arcos de los retretes y otras construcciones. El retablo original de la iglesia, que era dorado, fue sustituido por otro neoclásico durante el siglo pasado, el cual quemaron los carrancistas en la revolución, igual que varias pinturas e imágenes religiosas talladas.

También hay restos de una huerta, existe la cruz atrial y un portal pequeño. Este último se encuentra al sur del claustro entre las escalinatas que conducen a las celdas y a la calle Galeana. Consta de un piso enlajado, de cuatro columnas, de un techo de tablas de bóveda de solera reciente y viguería sobre traveses también de madera que descansan sobre tres muros; actualmente tiene dos puertas, una de ellas, la situada al poniente, seguramente no existió en el siglo XVI. A principios de la década pasada los muros este y oeste tenían pretiles o una especie de banca de adobe adosada y situada sobre el piso. A lo largo de los tres muros, en la parte inferior de la trabe, fue pintado un friso enmarcado con el cordón franciscano, alternando dise-

ños de nudos y dobleces triples que proporcionan a la escena mayor estética. Los diseños los integran seres mitológicos como ángeles con garras de aves en lugar de pies, montados sobre dragones con cuerpos alargados, sin extremidades, más bien se asemejarían a reptiles cubiertos con hojas estilizadas, tienen las fauces abiertas y las lenguas de fuera, también se observan grandes aves con alas extendidas, de cuellos largos y de cabezas extrañas. Los ángeles sostienen medallones sobre cálices con pan significando el cuerpo y la sangre que se derraman de igual número de heridas, de la mayor sobresalen tres puntas de lanza, que al igual que la sangre, son insignias de la Pasión de Cristo. En otro caso, los medallones portan bustos de personas que de acuerdo con el estilo en que están dibujados, así como con la vestimenta y la propia prenda anudada, parecen retratos de indígenas.

En el muro oriental, en cuya superficie de 13.40 m² (4.31 m de largo x 3.11 m de alto) se plasmó parte del friso y un mural al temple que aún se conservaba en regulares condiciones



en 1978, fecha en que le fue retirada la capa de cal que lo cubría. En ese mismo año tenía las siguientes características: pintado en negro sobre fondo blanco, con algunos tonos de gris, el tema central era un mapa geográfico en el que podía apreciarse el área de influencia abarcada por la nueva religión occidental; esta manifestación se realizó mediante la ejecución de construcciones arquitectónicas religiosas representadas por pequeñas iglesias unidas a través de caminos que partían del centro del muro, sitio donde se dibujó la iglesia principal, la cabecera religiosa o parroquia de San Simón y San Judas Tadeo. A la izquierda de ésta podían observarse tres iglesias y los restos de una cuarta, a la derecha cinco completas y tres apenas visibles en algunas de sus partes, en total eran 12. La sección inferior del mural había desaparecido muchos años antes. Todo parece indicar que los caminos partían del poblado principal del área, aquella sección importante del tema probablemente refería la continuación de escenas de la arquitectura indocristiana.

En la arquitectura religiosa se distinguen varias características comunes, todas las iglesias, exceptuando la principal, son del mismo tamaño, cuentan con una aparente torre frontal izquierda, almenas en el entorno superior de los muros, campanarios con campanas, cruces sobre las torres, en las fachadas un solo cuerpo con columnas laterales, así como una ventana en el muro izquierdo. Las iglesias están construidas sobre un basamento de manera similar al tipo de sistema constructivo prehispánico.

La iglesia central es la mayor de todas, se trata del convento y parroquia de San Simón y San Judas Calpulalpan. Se apreciaba en el mural la iglesia casi completa, tenía una altura considerable, una torre rematada con su respectiva cruz, bóveda plana igual que las otras iglesias almenas; la portada también tenía columnas. En el costado derecho un portal con cuatro arcos de medio punto y columnas muy altas rematadas con ángeles. Donde se

iniciaba el atrio aún se veía lo que pudo haber sido una de las capillas posas.

Indudablemente, el estilo de este mural muestra una mezcla de ambas culturas, característica obvia en las plataformas o basamentos sobre los que se construyeron los templos. Las almenas también son propias de la arquitectura indígena; por si fuera poco, en los caminos se plasmaron huellas plantares, de manera análoga a la de los códices mexicanos. Todas ellas parten de la población principal y están enmarcadas por los perfiles de los caminos. El nombre de los pueblos donde se fundó cada iglesia se encuentra escrito en forma ideográfica mediante figuras arquitectónicas, de animales, de cerros, de arroyos y de otros elementos situados casi siempre a la derecha de la iglesia o —en casos excepcionales o cuando no caben— abajo. Así se observa en la primera iglesia, en la que aparece una plataforma con un arroyo encima. En la segunda, una plataforma con una especie de casa encima y ésta, a su vez, con dos varas cruzadas.



En la tercera se ve parte de la plataforma con un cerro incompleto, la figura toponímica correspondiente a la cuarta ya estaba perdida cuando se descubrió el mural. La iglesia del convento tiene una construcción arquitectónica muy occidentalizada, es una especie de castillo ibérico almenado, sobre basamento y banqueta, en cuya parte más alta ondea el pabellón prendido del asta. En la quinta —incompleta también— hay un probable cenital o almacén de maíz. En la sexta el basamento sobre un brazo de agua. En la séptima, octava y novena ya no se distinguen. En la décima está un venado sobre el basamento. En la décima primera, un jaguar, y en la última, un cerro encima de sus respectivos basamentos.

Los topónimos o nombres de lugares están expresados por glifos nahuas; tal vez el *tlacuilo* aún no sabía externar los nombres católicos, como sucedería más adelante en algunos códices. Galarza opina que:

...la escritura de los nombres náhuatl de personas o de lugar, no plantean ningún problema a los *tlacuilos*: los expresan pictográficamente mediante signos tradicionales. La dificultad, para ellos, radica en la representación pictográfica de los nuevos nombres tomados de la religión católica. Tratan de superarla explotando el carácter simbólico y a la vez fonético de su escritura tradicional (1980: 51).

Los topónimos que aparecen en el mapa están integrados por el basamento o plataforma que indica la partícula del lugar, más otro símbolo que le da la característica propia.

El *Códice Franciscano*, escrito hacia 1569-1570, ya había registrado las iglesias de la región; en él se hace la siguiente descripción:

En un sujeto de la dicha ciudad de Tezcucó, que está a siete leguas de la dicha cabecera, en el camino real que va del puerto, digo de México, para el puerto de Sant Juan de Lua, hay otro monasterio: su vocación es de Sant Simón, y el pueblo se llama Calpulalpa. Residen allí dos sacerdotes, de los cuales el guardián es sólo confesor y predicador de los indios. Tiene por allí doce iglezuclas que visitan, de la gente

subjeta a Tezcucó (*Códice Franciscano*, 1941: 11).

Es indudable que se trata de las iglesias pintadas en el mural y del monasterio de San Simón y San Judas, pero más adelante —en esa misma fuente— hay un desconcierto cuando se menciona que además de lo anterior existe, a una legua de allí, un pueblo llamado Cultepeque donde se encuentran tres iglesias. También habla del pueblo de San Mateo, aunque no menciona iglesia alguna, debe suponerse que también la hubo, por lo tanto, la suma de estas construcciones religiosas es de 16, exceptuando la del convento, ¿qué sucedió entonces en el mural con las otras cuatro? Lo más seguro es que hayan desaparecido; se argumenta que el 50% del mural se desprendió de la sección inferior. Esto significa que las 12 iglesias son seguramente parte de las que refiere el *Códice Franciscano*.

Los caminos que aparecen en el mapa, al igual que algunos de los pueblos, todavía existen y se siguen usando. Los caminos en el área se popularizaron en el altiplano con la presencia de fray Sebastián de Aparicio. El famoso Camino Real México-Veracruz pasaba por el corazón de Calpulalpan, pero estas aparentes innovaciones occidentales no eran novedad para los indios, pues ellos tenían ya trazadas sus rutas y sus caminos desde la antigüedad; por ejemplo, en el periodo Postclásico Tardío contaban con un importante camino bastante ancho que partía del poblado de Tecoaqué hacia el templo piramidal situado entre Cuauila y San Cristóbal, reportado desde 1967.

El mapa de San Antonio representa uno de los ejemplos más emotivos de la hibridación de dos culturas, la mexicana y la española. Sin embargo, no sólo en él puede advertirse este encuentro de dos maneras distintas de ser, los naturales trataron de dejar huella en cuantas oportunidades se les presentaba, así vemos que después de haber sido destruidos sus templos y su ciudad para construir la iglesia y el convento, utilizaron los mismos materiales, en ellos se plasmaron



profundas reminiscencias de su pasado. En la parte posterior de la iglesia colocaron una de las deidades que adoraban, un anillo del juego de pelota, piezas integrantes de columnas y abundantes piedras angulares pertenecientes a sus antiguos recintos sagrados. En la archivolta dejaron talladas las mismas flores que aparecen decoradas en la cerámica azteca, en los códices de tradición náhuatl y en esculturas. Los frisos aún conservan medallones con retratos indígenas. En la entrada norte del atrio, la escalinata construida con las piedras de templos prehispánicos da la misma impresión de una pirámide redonda. En el claustro dos columnas yacen sobre dos tambores de columnas prehispánicas, y en el atrio la cruz tampoco escapó a aquellos rasgos autóctonos, los diseños o insignias de la Pasión de Cristo se encuentran impregnados de este estilo. Existen bastantes ejemplos en conventos e iglesias de México donde la influencia de los naturales fue inminente a pesar de las estrictas medidas adoptadas por los frailes

para evitarlo. Constantino Reyes refiere al respecto que

... pese a la extrema vigilancia ejercida por los frailes y al esfuerzo por cristianizarlos, no fue posible desterrar de la conciencia indígena aquellos conceptos tan largamente sostenidos, ni impedir su manifestación plástica en determinadas ocasiones (1978: 218).

Actualmente existen varios ejemplos de este tipo de planos plasmados generalmente sobre lienzos o en papel, como el de la Alcaldía Mayor de Xalapa, del Obispado de Tlaxcala, fechado en 1580, el Plano del Valle de Puebla del siglo XVI, el Mapa de Santa Isabel Iztazoatlán Atlimeian, el Plano de Chicualoapan de 1579, el de Coatepec-Chalco del mismo año y otros más.

El Mapa de San Antonio Calpulpan es entonces una pintura mural del siglo XVI, un ejemplar puro del arte indocristiano, donde el pintor indígena dejó plasmada en el área de influencia parroquial de la Orden de los Franciscanos Menores, parte de

su cultura impregnándole a la arquitectura, a la red de caminos y a los mismos topónimos, un estilo propio: el de los indígenas mexicanos.

BIBLIOGRAFÍA

- CODICE FRANCISCANO*, Editorial Salvador Chávez Hayoe, México, D.F., 1941.
- CHAUVET, Fidel de J., "Los franciscanos y sus conventos en Tlaxcala", en la *Revista Anales*, México, 1950.
- GALARZA, Joaquín, *Estudios de escritura indígena tradicional azteca-náhuatl*, Archivo General de la Nación, México, 1980.
- KIRCHHOFF, Paul et al., *Historia Tolteca-Chichimeca*, CIS-INAH, México, 1976.
- VERGARA Berdejo, Sergio de la L. et al., *Ruta de conventos franciscanos*, núm. 1, Centro Regional de Puebla, INAH, Junta de Mejoras del Municipio de Puebla, s/f.

